

Mientras que fanáticos entusiastas y sabios herejes no perjudicaban sino á las cabezas,—y en aquel tiempo, en que cada pensamiento encendía un verdadero fuego griego, esta desgracia era mucho más grande de lo que hoy nos podemos figurar—se contentaban casi siempre con poner los espíritus alerta contra ellos por la excomunión; todo lo más que se hacía era encerrarlos, para impedirles que esparciesen sus perniciosas doctrinas. ⁽¹⁾ Mencionemos solamente á Gottschalk, Abelardo, Gilberto de la Porée, Tanchem y Con de Stella, David de Dinant, Enrique de Lausana, Berenguer, Molinos, los Pelagianos, los Valdenses, los hermanos y hermanas del libre pensamiento.

Se procedía severamente, y algunas veces en demasía, contra la tercera clase de adversarios, contra los herejes que turbaban con sus ataques el orden público. Tales fueron los donatistas, los dignos antepasados de los husitas. Alguien se extrañará de encontrar al más dulce de los santos, San Agustín, al lado de los que reclaman con todo su poder la severidad é intervención del poder secular contra estos herejes. Pero también es preciso saber qué herejes eran aquéllos. Se paseaban con hondas y bastones, aquellos terribles bastones á los cuales daban ellos por ironía el nombre de Israel, porque los consideraban como los instrumentos de conversión que su celo insensato les movía á emplear. ⁽²⁾

Cuantos los encontraban, temían más su saludo que el rugido de un león. ⁽³⁾ El que caía entre sus manos, era arrojado por ellos al fuego, ó en el primer precipicio que encontraban, ⁽⁴⁾ después de haber ejercido en él su favorita y heroica hazaña, es decir, después de haber derramado en los huecos de los ojos, que acababan de arrancarles, cal y vinagre. ⁽⁵⁾ ¿Era injusto, dice San Agustín, ⁽⁶⁾ in-

(1) Humbertus a Romanis, *Erudit prædicat.*, 2, 2, 61 y sig.

(2) Augustin., *In ps.*, 10, en. 5.—(3) Id., *In ps.*, 132, en. 6.

(4) Id., *Unit. eccl.*, 19, 50. *C. lit. Petil.*, 2, 88, 195. *Ep.* 88, 6.

(5) Id., *Brevic. collat. cum Donat.*, 11, 22. *Ep.* 111, 1.

(6) Id., *C. ep. Parmen.*, 1, 10, 16. *C. lit. Petil.*, 2, 83, 184. Bernard., *Ep.* 363, 7. Joan. Saresb., *Polyer.*, 6, 13.

vocar, contra estos enemigos de toda seguridad, el poder de los emperadores, ó se hubiera debido dejarlos obrar libremente, dejar que oprimiesen á los católicos y obligar á éstos á represalias personales y privadas? ¿Quién no comprenderá que, en circunstancias parecidas, la autoridad secular debe intervenir con la fuerza, para impedir que sus súbditos sean entregados á tales gentes, como las ovejas al lobo? Nada, pues, más justo que la Iglesia, después de haber empleado inútilmente todos los otros medios, ⁽¹⁾ hiciese un llamamiento, en el tercer Concilio de Letrán, al poder de las armas, para protegerla contra los albigenses, que se arrojaban sobre las iglesias y los conventos, y que no tenían piedad ni de la edad, ni de los niños, ni de las mujeres. ⁽²⁾ Si Arnaldo de Brescia, los Hermanos Apóstoles, los Husitas, los Stedingers, renaciesen hoy día, serían tratados con la misma severidad que en los pasados tiempos. No hay duda de que en aquella época se procedía duramente algunas veces; pero ¿quién obraba de este modo? El derecho canónico no conoce la pena de muerte. Un emperador, personalmente incrédulo, como Federico II, únicamente preocupado de la unidad y del orden en su imperio, procedía sin ningún miramiento, sin admitir ninguna circunstancia atenuante, ó ninguna distinción; pero los señores seculares que estaban penetrados del espíritu de la Iglesia procedían con dulzura y miramientos.

Claro está que algunas veces se dejaron arrastrar de la dureza en aquel combate á muerte; pero cuando volvían en sí y oían de nuevo la voz de la Iglesia y de la fe, hacían al punto penitencia y expiaban sus excesos con actos de humildad y caridad mucho más sublimes. ⁽³⁾

9. La infiltración progresiva de la civilización cristiana.—No queremos omitir en esta ocasión que, en lo referente á la manera de tratar á los herejes, lo mismo que

(1) Humbert., *Erud. præd.*, 3, 2, 64.

(2) Concil. Lateran., c. 27. Cf. sobre esto á Hefele, *Ximenes*, (2) 245. Hergenroether, *Kathol Kirche und christlicher Staat*, (1) 561 y sig.

(3) Guil. Tyr., 8, 21. Guibert. Novigent., *Gesta Dei per Francos*, 7, 4, 9.

en otras materias, el código penal de la Edad Media se fué haciendo más humano, á medida que los espíritus se familiarizaban más con la vida cristiana. ⁽¹⁾ Lo mismo puede decirse de la influencia de la Iglesia en la dulcificación de las costumbres. Nosotros, que gozamos hoy de los frutos de un trabajo de civilización de más de dos mil años; nosotros, que estamos aún bien lejos de haber realizado las exigencias del Cristianismo en nuestra vida privada y pública; nosotros, que atribuimos con demasiada facilidad á nuestra propia civilización lo que en realidad es debido á la penetración de las ideas cristianas, formulamos sobre este particular juicios que, de ordinario, son tan injustos como contrarios á la psicología y á la historia. Porque el árbol plantado por nuestros padres da hoy sus frutos, les reprochamos á ellos y á su fe no haber realizado la cultura cristiana en el más alto grado posible. Mas esto no es asunto de algunos días. El Cristianismo, como ya lo hemos visto, no es un brevaie encantador que da á los hombres otra naturaleza. Obra más bien lentamente, de una manera humana, y por medios que se adaptan á la naturaleza del hombre. Fácil le sería á Dios arrancar súbitamente al hombre de su imperfección, y colocarle en el estado de perfección que exige del cristiano, como hizo con Habacuc, ordenando á un ángel que le llevase por los cabellos á Babilonia; pero prefiere, dejar esta transformación al tiempo y á la buena fe del hombre, aun á riesgo de ser censurado por espíritus de cortas miras. Si esta buena fe fuese más grande, sus designios estarían ya ejecutados desde largo tiempo; pero, dado lo que es, no acierta á menudo á cumplirlos, sino muy tarde y de una manera incompleta.

Sin embargo, sería injusto no reconocer que, á pesar de la pobreza humana, tarde ó temprano ha realizado sus planes. Hemos probado esto en otra parte con un ejemplo sorprendente, en un paralelo entre la *Chanson de Roland* en francés y el *Rolandslid* en alemán. ⁽²⁾ La primera es

(1) Cf. tom. V, 4, 15.

(2) *Histor. Jahrbuch der Görres Gesellschaft*, 1880, I, 114 y sig.

la más grande epopeya de los franceses, epopeya de la cual se vanaglorian con tanto derecho como nosotros los alemanes nos gloriamos de los *Nibelungen*.

Esta *Chanson de Roland* fué compuesta poco tiempo después del año 1000. Este poema magnífico nació en Normandía, provincia que acababa de convertirse al Cristianismo. En esta epopeya, naturalmente, los héroes piensan y obran absolutamente como los caballeros del pueblo de cuyo ambiente salió. Los campeones de Dios obran como cristianos honrados, convencidos; pero les sucede con el Cristianismo lo que le sucedió á David con la armadura de Saúl. No podría decirse si no se adaptaba exactamente á ellos, ó si ellos no habían penetrado aún en la nueva vida. Creen en Dios y quieren servirle, ⁽¹⁾ pero, sin duda, á su manera, y algunas veces esta manera es muy amarga y muy dura, y recuerda que antes, hace poco tiempo, era germano-pagana. Entre otras cosas, esto se manifiesta sobre todo por la violencia con que ofenden á sus adversarios paganos con palabras y actos. Como cristianos, han perdido por lo menos la costumbre guerrera de sus padres paganos, de anonadar, después de la conquista, á hierro y fuego, todo lo que había caído en su poder; ciudades, pueblos, guerreros armados, mujeres, ancianos, niños, sin miramiento ni distinción. ⁽²⁾ No desbordan ya su cólera insaciable, sino sobre los ídolos y templos de los vencidos, ⁽³⁾ y perdonan la vida á los paganos, con la condición de que se harán bautizar; de otro modo, su vida correría grandes peligros. ⁽⁴⁾

En relación con los antiguos tiempos paganos, esto es, á no dudarlo, un progreso, aun cuando no considerable, debiendo tener en cuenta que se trata de normandos nuevamente convertidos, que no habían tenido aún tiempo para familiarizarse con la fe que acababan de abrazar.

(1) *Chanson de Roland*, 3666. En Dieu creit Carles, faire voelt son servise.

(2) Cf. Lamprecht, *Alexanderlied*, 805 y sig., 1234 y sig., 3417 y sig. (Weismann). Ortnit, 326, 1 y sig., 330, 2 y sig. (Amelung).

(3) *Chanson de Roland*, 3660 y sig. (4) *Ibid.*, 101 y sig., 3670.

Muy diferentes son los héroes del *Rolandslied* alemán. Éste fué compuesto poco más ó menos un siglo más tarde por el cura Conrado, y el Cristianismo reinaba hacía mucho tiempo en Alemania. Debemos, pues, ser más severos en nuestras exigencias relativamente á la penetración de los espíritus por las ideas cristianas, y podemos serlo sin temor. ⁽¹⁾ Lo que aun nos choca entre los normandos ha desaparecido aquí. ⁽²⁾ No se encuentran ya huellas de pillaje de ciudades conquistadas; no se obliga á nadie á hacerse bautizar; ni siquiera se ve la destrucción de altares paganos. Los héroes de los dos poemas son cristianos, pero los de la *Chanson de Roland* no son sino principiantes, y los del *Rolandslied* han hecho ya progresos en la vida cristiana. Podemos creer en la palabra de esos terribles gigantes normandos, justamente á causa de la rudeza de su carácter, cuando afirman, con el celo de nuevos convertidos, que, en sus terribles degollaciones, no tienen más que un fin: exponer su vida como mártires, ⁽³⁾ únicamente pa-

(1) Los historiadores no se cansan de relatar las crueldades de las guerras de la Edad Media. Alwin Schultz, quien, como tantos otros, padecía de la enfermedad de convertir los hechos aislados en leyes generales, acababa por preguntarse á sí mismo cómo podían existir en aquella época hombres que pudiesen aguantar aquella situación, tal como él la pinta. Pero no sólo se ha de tener en cuenta lo que la literatura profana contiene en materia de crueldades,—que por cierto, no deja de exagerar—sino también no perder de vista lo que la Iglesia hizo para suavizarlas. Verdad es que la Iglesia no logró convertir la guerra en una diversión pública ó en un medio de mejorar las costumbres; pero, aunque la Iglesia se vanaglorie de haber transformado al militar y la guerra en un medio de virtud, no por ello puede censurarla nuestra época (véase tomo VIII, conf. XXVI, 8). En todo caso, la Iglesia contribuyó en gran manera á la paz con sus leyes sobre la *Tregua de Dios* (Zöpfl, *Deutsche Rechtsgeschichte* [4], II, 305, 320 y sig. Schröder, *Deutsche Rechtsg.*, 615 y sig.), con la prohibición de las armas crueles, con el severo castigo de las crueldades cometidas en la guerra, como, por ejemplo, lo hizo Inocencio III con los cruzados en Constantinopla. Y que sus esfuerzos no fueron inútiles, lo prueban, no sólo algunos actos aislados, v. g., la noble conducta del Príncipe Negro después de la batalla de Poitiers, sino aún más los principios sobre la manera caballerosa como se debía llevar la guerra, los cuales se encuentran en el *Parzival* (171, 25 y s.; 198, 1 y sig.; 200, 4 y sig.; 207, 19 y sig. [Bartsch, 3, 1672 y sig.; 4, 559 y s.; 624 y sig., 849 y sig.]). Cf. Kenelmo Digby, *Mores catholici or Ages of Faith.* b., 7, ch. 5 (II, 357 y sig.); cf. II, 399 y sig., III, 138 y sig., 159 y sig.

(2) Cf. Kuonrât, *Rolandslied*, 351 y sig., 8631 y sig. (Bartsch).

(3) *Chanson de Roland*, 1134.

ra llevar los hombres á Dios. ⁽¹⁾ Pero en realidad, tienen poco cuidado de ver por dónde cogen á los infieles, con su puño de hierro siempre medio pagano, para arrastrarlos por fuerza á Jesucristo. Podrá ser que un tal sistema de conversión proceda de buenas intenciones, pero en sí no es bueno. Por lo que nos regocijamos de todo corazón, tanto en nombre de la humanidad como en nombre del Cristianismo, de ver reinar pensamientos más dulces en el poema alemán. Creemos que aquellos caballeros, que eran más humanos porque se habían hecho cristianos, tuvieron mejor éxito en la intención con que afirman obrar, es decir, trabajar por Cristo y ganarle muchas almas santas. ⁽²⁾

10. **La disciplina de la Iglesia.**—Como aquí, la civilización cristiana ha hecho, en todos los dominios, progresos lentos, pero, en cambio, mucho más sólidos. Sin duda, se censura á la Iglesia por no haber renunciado á la aplicación de la severidad, es decir, á toda disciplina. Mas esto no fué jamás el fin en que ella pensó, ni jamás pensará en él. Hace falta la disciplina, allí donde se quiere educar hombres seriamente para el bien. Sin disciplina, no hay purificación de parte del individuo, y, sin disciplina, no hay orden en la sociedad. La disciplina es precisamente la condición preliminar de la civilización.

Por el resultado que ella produce, más bien depende del que es educado que del que educa. Con el tiempo, la obediencia de un hijo puede ablandar al más duro de los padres. El mismo corazón de una madre no sabe demostrar su amor á un hijo rebelde, sino con lágrimas, ruegos y castigos. El amor no cambia jamás; mas si aquel sobre quien él vela con celoso cuidado, cesa de ser amable, se transforma entonces en castigo, para hacer de nuevo un objeto digno de él. El amor que no sabe castigar cuando es preciso, es todo lo más ese instinto ciego que se encuentra en los mismos animales; pero no es esa vir-

(1) *Chanson de Roland*, 2252 y sig.

(2) Kuonrât, *Rolandslied*, 364 y sig., 8638 y sig., cf. 1532 y sig., 2250.

tud que se espera del hombre y del cristiano, y que ante todo debe exigirse de un superior.

Quejarse de la disciplina, significa, pues, ó acusarse á causa de su propia indisciplina, ó confesar que uno mismo tiene necesidad de ella. Por esta razón, nadie debería censurar tan fácilmente la aplicación de este medio. Hay en cada hombre, es verdad, más ó menos disposición á suponer que la autoridad abusa de su poder, y á tomar partido por el que no se armoniza con la autoridad que le es propuesta; ⁽¹⁾ mas el carácter leal y honrado experimenta siempre vergüenza en obrar así. Siente allá en su interior algo de degradante, sin duda, con razón, pues también el animal empieza á manifestar su indignación por medio de aullidos y ladridos, desde el momento en que una ejecución tiene lugar en la casa vecina. Se siente atacado en esta víctima, y cree deber advertirlo, puesto que no es mejor que el ser desgraciado que se castiga, demostrando con ello que, si alguna vez llega el castigo para él, es éste el que deben aplicarle.

No vemos, por consiguiente, porqué la Iglesia habría de avergonzarse de haber manejado siempre la disciplina. Si esto no dependiese sino de ella, es cierto que no se encargaría de este papel desagradable. ⁽²⁾ No hay madre que experimente tanta repugnancia en servirse de la vara, como la Iglesia de la severidad. Ella no ha ahorrado jamás ni las oraciones, ni las lágrimas, ni las enseñanzas. Á menudo tiene que oír á corazones duros é impacientes reprocharle sus eternos miramientos y su condescendencia sin fin. Muchas sectas se han separado de ella únicamente porque estaban descontentas de su demasiada dulzura. Por consiguiente, si tiene que usar por casualidad alguna vez de rigor, pueden estar ciertos que lo hace solamente forzada por los hombres y por el deber, así como por caridad para con los suyos y por obediencia á Dios. A ella le será reclamada la sangre ⁽³⁾ de aquel á quien no inculque sus obliga-

(1) Plutarch., *Præcepta reipubl. gerendæ*, 16. — (2) Jerem., XX, 7 y sig. — (3) Ezech., III, 17 y sig. XXXIII, 6 y sig.

ciones. Ella es la que ha recibido del Señor de las almas, esta orden: «Aprémiales á entrar, á fin de que mi casa se llene.» ⁽¹⁾ ¡Desgraciada de ella si no cumple su misión! ⁽²⁾ No es por medio de golpes como obtiene la fe. ⁽³⁾ No obliga á nadie á creer contra su convicción. ⁽⁴⁾ Quiere solamente enseñar la fe á los que tienen el deber de aceptarla. Mas no es culpa suya si no puede cumplir su deber como educadora, sin añadir una severa disciplina. No es culpa suya si el hombre, además de la obligación que le ha sido impuesta por Dios de enseñar, de suplicar, de conjurar, ⁽⁵⁾ la obliga aún por su parte á usar de severidad con él. En vez de lamentarse de ella, que se lamenta más bien con ella del cobarde respeto humano, de los prejuicios, de la pereza, de la inercia, en una palabra, de todo el mal que la pone, en defensa propia, en la necesidad de cambiar, á costa de considerables pérdidas de tiempo y en detrimento de empresas más elevadas, el papel de maestro y jefe de espíritus independientes y sensibles, en el de un vigilante de niños tercos. Nadie desea más ardientemente que ella no verse en la dolorosa necesidad de cumplir su deber con severidad. Pero no puede evitarlo. Hace falta primeramente que, en todos los corazones, un sentimiento elevado y una inteligencia para la verdadera libertad de espíritu, reemplacen la estrechez y ese sentimiento infantil que desgraciadamente reina casi en todas partes. Entonces podrá sin inquietud dejar la vara á un lado, y le será fácil dar libre curso á las inclinaciones de su corazón.

Como Madre de los redimidos, no ejerce jamás la severidad sin añadir á ella la compasión, ⁽⁶⁾ y aplica el castigo como verdadera limosna de caridad. ⁽⁷⁾ Mas ella se tendría

(1) Luc., XIV, 23.

(2) I Cor., IX, 16.

(3) Tertullian., *Ad scapul.*, 2. Lactant., *Institut.*, 5, 20. Gregor. Mag., 13, ep. 12; 9, ep. 6. Athan., *Histor. Arian.* ad monach., 67. Cassiodor., *Var.*, 2, 27. Bernard., *Cat.*, S. 66, 12.

(4) Augustin., *C. liter. Petilian.*, 2, 83, 184; 94, 217.

(5) II Cor., VII, 20.

(6) Gregor. Magn., *Mor.*, 19, n. 30; 20, n. 14. Augustin., *Ps.* XXXIII, 2, 20, S. 87, 15. (7) Augustin., *Enchirid.*, 19, 72.

por dichosa si pudiese ejercer la misericordia sin severidad y la caridad sin castigo; en otros términos, prescindir completamente de la disciplina. Con gran sentimiento suyo, se limita ahora su actividad casi exclusivamente á extirpar del campo de la verdad divina los numerosos errores, que, como malas yerbas, pululan, y á tomar las precauciones necesarias en tiempo oportuno, para impedir, por medio del azadón y de la podadera, que plantas peligrosas invadan el jardín de Dios. Si su más ardiente deseo se cumple, podría entonces consagrarse en paz al servicio de la sabiduría celestial, á la cultura de toda perfección, para la santificación de los que le son confiados, para el mayor bien del género humano, para el cumplimiento del reino de Dios.

En cuanto á nosotros, sabemos que somos hombres. De aquí que no repliquemos contra la disciplina, que, después de todo, es necesaria. Conociendo nuestra debilidad, hacemos nuestro el deseo del salmista: Que el justo me reprenda y corrija con caridad. ⁽¹⁾ Si llega alguna vez el momento de escoger entre lo serio de la verdad, que no nos halaga, y la adulación que acabaría por perdernos completamente, nosotros, pobres hombres pecadores, no vacilaremos mucho en confesar que las heridas que nos son hechas por los que nos aman, valen más que los besos de los que nos odian. ⁽²⁾

(1) Ps. CLX, 5.

(2) Prov. XXVII, 6.

CONFERENCIA XVIII

CRISTIANISMO Y HUMANIDAD

1. **La mayor pena del Maestro durante su peregrinación terrenal.**—No es necesario admitir como artículo de fe, pero puede por lo menos aceptarse como digno de crédito, lo que tantos libros de edificación cuentan sobre la dolorosa marcha de Nuestro Señor, desde el tribunal de Pilatos hasta el Gólgota. Mientras atravesó las calles habitadas por las personas de más distinción, como suele decirse, recogió la amargura de una indiferencia distinguida, de un desprecio orgulloso y de una burla mal disimulada.

Mas cuando entró en el barrio pobre, habitado por gente de baja condición, un dolor más grande le esperaba. Vivían allí aquellos de quienes se había hecho semejante por el exceso de su amor, aquellos á quienes había curado de la lepra, á quienes había saciado con un pan milagrosamente multiplicado. Algunos días antes, le habían recibido con transportes de júbilo, como al enviado de Dios; pero ahora que su estrella ha palidecido, no le escatiman ni maldiciones ni burlas. Cuanto más difícilmente aceptan la verdad los que parecen ser algo en el mundo, tanto más voluble y fácilmente seducible es el pueblo, tanto más excesivo es, desde el momento en que se ha alejado del buen camino. Ahora no les basta ya colmarle de blasfemias, sino que envían á sus hijos á la calle para que le arrojen fragmentos de vasos y basura ante sus pies.

Sin duda alguna, fué esta la mayor pena que affigió su corazón. En su majestad divina, el Maestro no se ha-